



Revista Interuniversitaria de Formación del
Profesorado

ISSN: 0213-8646

emipal@unizar.es

Universidad de Zaragoza
España

Navarro Egea, Jesús

Reseña de "Los patitos feos. La resiliencia una infancia infeliz no determina la vida" de Boris Cyrulnik

Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado, vol. 17, núm. 3, 2003, pp. 189-190

Universidad de Zaragoza

Zaragoza, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=27417313>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LOS PATITOS FEOS. LA RESILIENCIA UNA INFANCIA INFELIZ NO DETERMINA LA VIDA

Boris Cyrulnik

Barcelona, Editorial Gedisa, 2002

Nos hallamos ante una visión optimista del desarrollo humano que según apuntan otros comentaristas trata de demostrar que ninguna herida es irreversible, empeño acogido con especial entusiasmo por los medios de comunicación en Francia, su país de origen como *Le Nouvel Observateur*, *Libération* o *Elle*.

La resiliencia es un fenómeno ya intuido por el profesor Michel Leway de la Universidad de Montreal hace más de veinte años, y la denominación de la obra que nos ocupa a su vez se inspira en el título de la tan conocida de Christian Andersen, *El patito feo*, que llega con el tiempo a transformarse en un magnífico cisne blanco.

La resiliencia es un término recogido por los diccionarios que alude a la propiedad de la materia que se resiste a romperse por el choque o percusión, lo que aplicado al ámbito humano viene a equivaler como resistencia al sufrimiento caracterizándose igualmente por un exceso de atención a los demás y al mismo tiempo por el temor a recibir el amor que suscitan.

El autor, Cyrulnik, interesado en este advenimiento, a tenor según él mismo indica de su propia experiencia, en que a los seis años consigue escapar de un campo de concentración alemán y en el que tiene que observar aterrorizado como el resto de su familia, rusos judíos emigrantes, perecen en un siglo XX que contempla la aparición de una barbarie que ni la Antigüedad ni la Edad Media conocieron, la guerra contra los niños.

Tras pasar una infancia por diversos orfanatos y centros de acogida llega no obstante a lograr convertirse en un prestigioso médico neurólogo, psiquiatra y psicoanalista, erigiéndose en uno de los fundadores de la etología humana, eso sí, con una visión casi opuesta a la de Konrad Lorenz, pionero es esta disciplina. En la actualidad es profesor en la Universidad de Var en Francia y ha publicado numerosas tratados.

El que nos ocupa, desde los ilustrativos títulos primeros, deja traslucir una impresión no equívoca acerca del talante de un autor entusiasmado, que intenta motivar desde el propio esquema organizativo del libro hasta la inmersión en la lectura, mostrando una adaptable metamorfosis emocional frente a la dispar e imprevista estimulación del entorno.

Estructurado en formato de dos capítulos, «La Oruga» y «La Mariposa», contiene un total de 51 apartados desposeídos aparentemente de literatura técnica que sumerge al lector en un mundo que roza a veces la metáfora fantástica.

El núcleo central versa sobre el concepto de metamorfosis aplicado al desenvolvimiento humano, indispensable según el autor para entender cualquier teoría relativa al trauma en donde la expresión oral cobra carácter terapéutico de primera categoría,

siendo posible cambiar al mundo y a sí mismo a través de la palabra. Desde que un niño puede componer el relato de sus sentimientos aquellos quedan transformados, si bien hacen falta años para conseguir resultados; y para ello hay que emplear un tiempo verbal en pasado, dado que la identidad humana es esencialmente narrativa considerando que actuar sin comprender no permite la resiliencia. Existirían mecanismos psicológicos de defensa como la negación, aislamiento, huida hacia delante, intelectualización o creatividad que permiten de nuevo adaptarse adecuadamente al entorno.

Y entre las estrategias resilientes que mitigan el daño temprano hallamos el odio, la venganza o la generosidad que constituyen una forma de liberación del mismo. Asimismo se indica, que aunque se maneja un concepto optimista de la resiliencia, no existe reversibilidad posible después de un trauma decisivo.

Hay que estimar además que lo que forja a un niño es la burbuja afectiva que le rodea cada día y que la resiliencia es la metáfora del arte de navegar en el torrente, debiendo de pelear para no dejarse arrastrar.

La conversión se produce por tanto cuando la impronta o *imprinting* atribuida a situaciones traumáticas se desdibuja y se trueca en pinceladas de esperanza. La consistencia del argumento se basa en que para que se produzca el trauma es condición necesaria la repetición de la agresión llamando la atención como un mismo hecho puede desembocar en representaciones diametralmente opuestas, por ejemplo, en dos hermanos.

En la mutación se deja ver un mensaje de esperanza para los niños que han pasado por experiencias negativas y laceraciones personales, observándose además estructuras de defensa específicos que son capaces de inhibir la agresividad de los adultos, si bien es importante la edad a la hora de evaluar el efecto traumatizador de una agresión, describiéndose tramos en donde por ejemplo de los 2 a los 5 años los mayores perjuicios vienen ocasionados por la separación o pérdida afectiva, aspectos ya definidos por John Bowlby a partir de los años 50 al puntualizar que el paradigma de la relación entre la madre y el hijo viene determinado en todos los seres vivos, humanos o animales, por el concepto de vínculo afectivo. Posee contundencia explicativa mostrada en un discurso hilado y coherente, exento de excesivos ejemplos que pueden desviar la atención del lector en donde se advierte el ya clásico estilo de informar con vivencias de modo parecido a como nos presenta sus obras y a título indicativo, obras Rojas Marcos.

En su conjunto *Los patitos feos* viene a conformar un novedoso prisma acerca de la reversibilidad de la experiencia vital, en que los destellos de optimismo brillan en un arco iris de contrastes y facetas sorprendentes en que la visita a la cámara de los horrores tiene final feliz incorporando moraleja y conclusiones positivas.

JESÚS NAVARRO EGEA